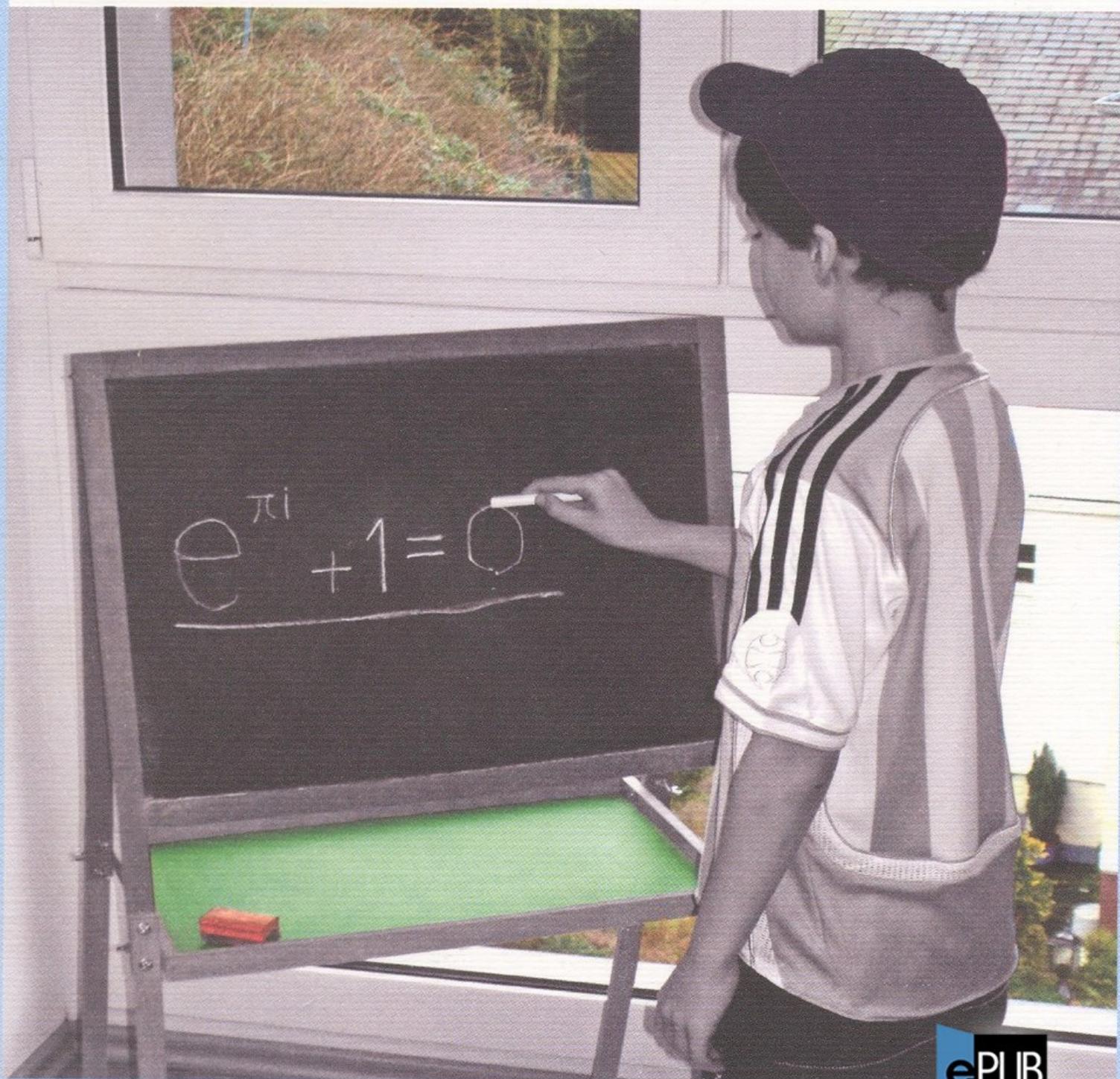


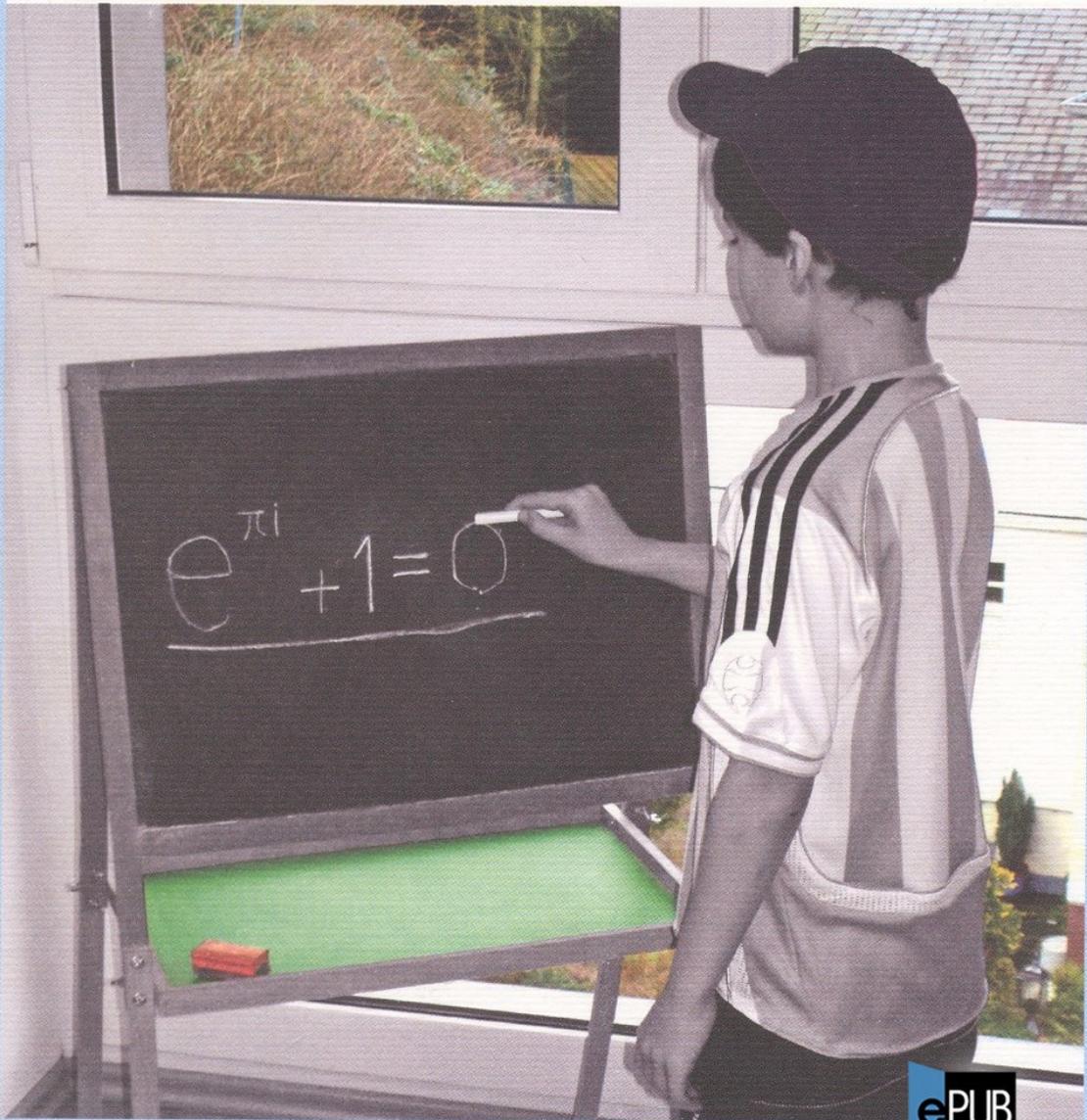
YOKO OGAWA

*La fórmula preferida del profesor*



YOKO OGAWA

*La fórmula preferida del profesor*





Auténtico fenómeno social en Japón (un millón de ejemplares vendidos en dos meses, y otro millón en formato de bolsillo, película, cómic y CD) que ha desatado un inusitado interés por las matemáticas, esta novela de Yoko Ogawa la catapultó definitivamente a la fama internacional en 2004. En ella se nos cuenta delicadamente la historia de una madre soltera que entra a trabajar como asistente en casa de un viejo y huraño profesor de matemáticas que perdió en un accidente de coche la memoria (mejor dicho, la autonomía de su memoria, que sólo le dura 80 minutos). Apasionado por los números, el profesor se irá encariñando con la asistente y su hijo de 10 años, al que bautiza «Root» («Raíz Cuadrada» en inglés) y con quien comparte la pasión por el béisbol, hasta que se fragua entre ellos una verdadera historia de amor, amistad y transmisión del saber, no sólo matemático...

Como dice en su postfacio el profesor León González Sotos, «asistimos al emocionado ajeteo, de venerable filiación platónica, entre la anónima doméstica, el también —¿innombrable?— Profesor y el pupilo Root. Entre idas y venidas, tareas caseras y cuidados piadosos a su muy especial cliente, éste va desvelando las arcanas relaciones numéricas que los datos cotidianos más anodinos pueden encerrar.»

Una novela optimista que genera fe en el alma humana, contada con la belleza sencilla y verdadera de un «larguísimo» haikú.

*«Mira qué maravillosa sucesión de números. La suma de los divisores del 220 es igual a 284. Y la de los divisores de 284, igual a 220. Son números amigos. Son una combinación muy infrecuente, sabes. Fermat o Descartes sólo lograron descubrir un par, cada uno de ellos. ¿No te parece hermoso? ¡Que la fecha de tu cumpleaños y el número grabado en mi reloj de pulsera estén unidos por un lazo tan maravilloso...! »*



eBooks con estilo

Yoko Ogawa

# La fórmula preferida del profesor

ePUB v1.0

MadMath 17.08.11

---

más libros en [epubgratis.es](http://epubgratis.es)

---

Yoko Ogawa nace en Okayama en 1962. Estudia en la Universidad Waseda de Tokyo. En 1986 inicia una carrera de escritora, inspirada por sus lecturas de los clásicos nipones, El diario de Ana Frank y las obras de Kenzaburo Oé. Ya con su primera novela, *Cuando la mariposa se descompone*, obtiene en 1988 el prestigioso Premio Kaien, y desde entonces su fama no ha hecho más que crecer en el extranjero. En 1991, logra el gran premio Akutagawa por *El embarazo de mi hermana*, publicado recientemente por Editorial Funambulista, que se convierte inmediatamente en un best-seller en su país. A partir de entonces todas sus obras son grandes éxitos de crítica y de público en Japón, donde es indiscutiblemente el autor de más ventas. Muchas de sus obras se han traducido a las principales lenguas occidentales. En 2003 publica *La fórmula preferida del profesor*, que obtiene varios premios (el Premio Yomiuri, el Premio de las Librerías Japonesas y el de la Sociedad Nacional de Matemáticas “Por haber mostrado la belleza de esta disciplina”). A raíz del éxito de la novela y de su adaptación al cine, a la radio y al cómic, en 2006 coescribe con el matemático Masahiko Fujiwara *Una introducción a las matemáticas más elegantes*. Actualmente vive con su familia en la antigua ciudad mercantil de Kurashiki y se dedica exclusivamente a la literatura.

# 1

MI HIJO Y YO LE LLAMÁBAMOS PROFESOR. Y el profesor llamaba a mi hijo «Root», porque su coronilla era tan plana como el signo de la raíz cuadrada.

—Vaya, vaya. Parece que aquí debajo hay un corazón bastante inteligente —había dicho el profesor mientras le acariciaba la cabeza sin preocuparse de que se le despeinara.

Mi hijo, que llevaba siempre una gorra para que sus amigos no se burlasen de él, metió la cabeza entre los hombros, a la defensiva.

—Utilizándolo, se puede dar una verdadera identidad a los números infinitos, así como a los imaginarios.

Y dibujó el signo de la raíz cuadrada con el dedo índice en el borde de su escritorio, sobre el polvo acumulado:

√

Entre las innumerables cosas que el profesor nos enseñó a mi hijo y a mí, el significado de la raíz cuadrada ocupa un lugar importante. Es posible que al profesor —convencido, como estaba, de que era posible explicar la formación del mundo con números— el término «innumerable» le resultara incómodo. Pero no sé expresarlo de otra manera. Nos enseñó números primos hasta llegar a los cientos de miles, así como el número mayor jamás utilizado para una demostración matemática registrado en el *Libro Guinness*, o la noción matemática de transfinito; sin embargo, por mucho que enumere estas cosas y otras más, no guardan proporción alguna con la intensidad de las horas que pasamos con él.

Recuerdo bien el día en que, los tres juntos, intentamos descubrir qué magia es la que coloca los números bajo el símbolo de la raíz cuadrada. Fue a principios de abril, una tarde lluviosa. En el estudio oscuro lucía una bombilla, la cartera de la que mi hijo se había desprendido había aterrizado sobre la alfombra, y por la ventana se veían unas flores de albaricoquero mojadas por la lluvia.

Invariablemente, en cada ocasión, el profesor no sólo esperaba de nosotros una respuesta correcta. Se alegraba cuando, por no saber contestar, acabábamos soltando como último recurso un disparate, en lugar de permanecer obstinadamente callados. Y aun se congratulaba más si la respuesta suscitaba nuevas preguntas que fueran más allá del problema inicial. Tenía una concepción original sobre el «error correcto», de manera que era capaz de darnos de nuevo confianza precisamente cuando más apurados nos veíamos, sin poder encontrar la solución correcta.

—Ahora, veamos: intentemos encajarle el -1 —dijo el profesor.

—Debe dar -1, multiplicando dos veces un mismo número, ¿no?

Mi hijo, que acababa de aprender las fracciones en la escuela, entendía ya que existían números inferiores al cero, tan sólo con una explicación del profesor que ocupó menos de media hora. Imaginamos, mentalmente,  $\sqrt{-1}$ . Raíz cuadrada de 100 es igual a 10, raíz cuadrada de 16, igual a 4 y la de 1 es 1, por lo tanto la de -1 es igual a... El profesor nunca nos metía prisa. Le gustaba más que nada contemplar la cara de mi hijo y la mía cuando nos poníamos a pensar detenidamente.

—Pero... ese número... ¿quizá no exista? —comenté con prudencia.

—Sí, claro que sí, está aquí —señaló su pecho—. Es un número muy discreto, no se muestra en público, pero está ahí dentro del corazón y sostiene el mundo con sus pequeñas manos.

Guardamos de nuevo silencio para meditar sobre la raíz cuadrada de -1, que, al parecer, extendía sus brazos al máximo desde un lugar lejano y desconocido. Sólo se escuchaba el sonido de la lluvia. Mi hijo se puso la mano en la cabeza como para comprobar una vez más cómo era una raíz cuadrada.

Pero el profesor no sólo se limitaba a enseñar. Era reservado con todo lo que desconocía, tan discreto como la raíz cuadrada de  $-1$ . Cuando necesitaba algo de mí, se me dirigía diciendo:

—Perdone, pero...

Siempre pedía excusas; incluso cuando quería que ajustara el temporizador del tostador a tres minutos y medio, nunca olvidaba añadir un «perdone». Yo giraba el botón, él alargaba el cuello, mirando dentro del tostador hasta que el pan terminaba de tostarse. Prestaba la misma atención al proceso de tueste del pan que al progreso hacia la verdad de las demostraciones matemáticas, como si aquella verdad tuviera el mismo valor que el teorema de Pitágoras.

Fue en marzo de 1992 cuando me mandaron por primera vez a casa del profesor, por medio de la Agencia de Trabajos Domésticos *Akebono*. A pesar de que era la más joven entre las asistentes inscritas en aquella agencia de una pequeña ciudad que daba al Mar Interior de Seto, ya tenía más de diez años de experiencia. Durante esos años mi relación con los amos de las casas había sido buena, y me sentía orgullosa de ser una buena empleada del hogar. Nunca me quejaba de mi trabajo al jefe de la agencia, aun cuando me viera obligada a trabajar para clientes problemáticos, a los que otras se negaban a servir.

En el caso del profesor, vi que sería un cliente complicado sólo con mirar su ficha de cliente. Cuando se cambiaba una asistente debido a la queja del cliente, se estampaba un sello en forma de estrella, con tinta azul, en el dorso de la ficha, y en la del profesor se contabilizaban ya nueve estrellas. Era un récord entre todas las casas que yo había visto hasta entonces.

Cuando fui al domicilio del profesor para la primera entrevista, me atendió una señora anciana, delgada y de aspecto elegante. Llevaba el cabello teñido de castaño y recogido en un moño, un vestido de punto, y sostenía un bastón negro con la mano izquierda.

—Desearía que atendiera a mi cuñado menor —dijo.

Al principio no entendí qué relación había entre el profesor y la anciana dama.

—No sabemos ya qué hacer, porque ninguna se queda mucho tiempo. Cada vez que viene una nueva asistenta, hay que volver a enseñarle todo desde el principio, y eso lleva mucho tiempo y trabajo.

Por fin entendí que su cuñado menor significaba, en realidad, que era más joven que ella.

—No es que le estemos pidiendo nada excesivamente complicado. Se trata de venir de lunes a viernes, a las 11 de la mañana, prepararle la comida, ordenar y limpiar la casa, ocuparse de las compras y prepararle la cena antes de marcharse, a eso de las 7 de la tarde. Eso es todo.

La expresión «cuñado menor» en boca de ella sonaba dubitativa. A pesar de sus buenos modales, su mano izquierda toqueteaba sin cesar el bastón. De vez en cuando me lanzaba alguna mirada circunspecta, procurando no cruzar su mirada con la mía.

—En el contrato entregado a la agencia constan por escrito los detalles. En cualquier caso, por nuestra parte, nos basta con que sea una persona que le cuide bien para que pueda llevar una vida normal y corriente.

—El señor, su cuñado, ¿dónde está ahora? —le pregunté. La anciana señaló con la punta del bastón hacia un pabellón anexo que estaba al fondo del jardín. Tras un seto de fotinia escrupulosamente podado, se veía a través de una verde espesura un tejado de tejas de color bermejo.

—No deberá usted andar yendo y viniendo del pabellón a la casa. Su lugar de trabajo será tan sólo el pabellón de mi cuñado menor. El pabellón tiene su propia entrada, que da a la calle, en la fachada norte, de manera que mejor será que utilice ese acceso. Los problemas que cause mi cuñado deberá usted solucionarlos en el mismo pabellón. Espero que me haya comprendido. Tan sólo le pido que respete esta norma.

La anciana dio un golpecito en el suelo con el bastón. Comparadas a las exigencias sin sentido de anteriores patronos como, por ejemplo, llevar trenzas con lazos diferentes todos los días, servir el té a una temperatura ni superior ni inferior a los setenta y cinco grados, o saludar con las manos en forma de plegaria al lucero de la tarde cuando éste aparece en el cielo, aquellas reglas no me parecían demasiado difíciles.

—¿Podría ser presentada a su cuñado?

—No es necesario.

Se negó de manera tan tajante que me sentí como si, irremediadamente, hubiera dicho algo inconveniente.

—Aunque hoy la viera, mañana él la habría olvidado. Por eso no es necesario.

—¿Qué quiere usted decir...?

—Pues bien... le seré franca. Tiene trastornos de memoria. No es que esté ido. Digamos que las neuronas le funcionan normalmente, pero hará unos diecisiete años se le averió una parte del cerebro y perdió la facultad de recordar las cosas. Se golpeó la cabeza en un accidente de tráfico. Su memoria se acaba en 1975. Desde entonces, por más que intente acumular nuevos recuerdos, se le borran enseguida. Recuerda teoremas y fórmulas matemáticas que él mismo descubrió, pero no es capaz de recordar lo que cenó anoche. Para entendernos, es como si en su cabeza sólo pudiera ponerse una cinta de video de ochenta minutos. De tal manera que si graba encima de esa cinta, los recuerdos anteriores grabados hasta entonces van desapareciendo. La memoria de mi cuñado menor no dura más de ochenta minutos. Es decir, para ser exactos, una hora y veinte minutos.

Sin duda había repetido muchas otras veces aquella misma explicación. La anciana hablaba sin vacilaciones, sin ningún sentimiento.

No me era fácil hacerme una idea concreta de lo que es una memoria de ochenta minutos. Había cuidado enfermos algunas veces, pero no parecía, ni por asomo, que esa experiencia me fuera a servir de mucho. Entonces, aunque demasiado tarde, recordé muy vivamente las estrellas azules alineadas en la ficha.

Según lo que se divisaba desde la casa principal, el pabellón estaba solitario y parecía deshabitado. En el seto de fotinia había una puerta que giraba sobre goznes de diseño antiguo y que comunicaba con el pabellón. Al mirar detenidamente, descubrí que tenía una cerradura enorme, completamente oxidada, cubierta de excrementos de pájaros; según me pareció, por mucho que se intentara introducir una llave, no se abriría.

—Entonces quedamos a partir de pasado mañana, lunes, si no tiene inconveniente —declaró en tono resuelto, como intentando evitar ulteriores

consideraciones o intromisiones innecesarias.

Y así fue cómo me convertí en la asistente del profesor.

En comparación con la estupenda casa principal, el pabellón, más que modesto, era miserable. Tenía una sola planta, recogida y fría, y parecía haber sido construido a regañadientes, como por necesidad. Tal vez para disimular aquella condición, alrededor del pabellón crecía la vegetación de forma libre y salvaje. No daba el sol en la entrada, y el timbre estaba estropeado.

—¿Qué número de pie calzas?

Lo primero que me preguntó al decirle que yo era su nueva asistente no fue mi nombre, sino qué número de pie calzaba. No me saludó, ni de palabra ni con un gesto. Yo, siguiendo la regla de oro de toda asistente, según la cual no se puede responder con una pregunta, contesté a su pregunta:

—El 24.

—Vaya, es un número muy resuelto, la verdad. Es el factorial de 4.

El profesor cerró los ojos con los brazos cruzados. El silencio se mantuvo durante un momento.

—¿Qué es el factorial?

No sé por qué se lo pregunté, pero pensé que sería oportuno seguir hablando un poco más de aquello, ya que, al parecer, el número del calzado iba a ser algo importante para mi empleador.

—Si multiplicamos los números naturales, del 1 al 4, nos da 24 — contestó el profesor sin abrir los ojos—. ¿Cuál es tu número de teléfono?

—Es el 567 14 55.

—¿El 5671455? ¡Vaya maravilla! ¡Es igual a la cantidad de números primos que existen hasta cien millones!

El profesor iba asintiendo con la cabeza, como si estuviera muy contento.

Aunque no entendí cómo ni por qué era maravilloso mi número de teléfono, su cálida voz me sonó afectuosa. No parecía que quisiera exhibir

sus conocimientos, sino que noté más bien cierta reserva y sinceridad. Fue una calidez que me produjo la ilusión de que mi número de teléfono entrañaba un destino especial, y que yo, como su titular que era, tal vez también tendría un destino especial.

Unos días después de acudir regularmente al pabellón como asistenta, me di cuenta de que el profesor, cuando estaba confuso, sin saber qué decir, tenía la manía de hablar con números en lugar de palabras. Era la manera que había ingeniado para comunicarse con los demás. Los números eran la mano derecha que tendía para estrechar la del prójimo y, al mismo tiempo, un abrigo para resguardarse de sí mismo. Un abrigo tan pesado que nadie conseguía que se lo quitara, tan recio que no permitía distinguir el contorno de su cuerpo, aunque se deslizara una mano por encima. Pero por el mero hecho de llevarlo puesto lograba proteger su propio espacio.

Hasta que dejé de ser su asistenta, repetimos cada mañana, en la entrada, la conversación de los números. Para el profesor, cuya memoria se desvanecía al cabo de ochenta minutos, cada vez que aparecía yo por la puerta, era siempre una desconocida. Por lo tanto, cada día, sin excepción, él hacía gala de la reserva propia de un primer encuentro. Los números que solía preguntarme eran, aparte de los del calzado y el teléfono, los del código postal, el número de serie de mi bicicleta, cuántos trazos de caracteres chinos había en mi nombre, y, por más variadas que fuesen las respuestas, él les daba enseguida un significado. Nunca parecía esforzarse por encontrar un significado. Era como si las palabras «factorial» o «número primo» fluyeran con toda naturalidad de su boca.

A pesar de que todos los días, a mi llegada, me explicaba el mecanismo del factorial o del número primo, yo disfrutaba con las explicaciones que me daba en la puerta como si fuera el primer día. Escuchando las disquisiciones acerca del nuevo significado de mi número de teléfono (además de servir para poder comunicarme a través de la línea), me sentía confortada y dispuesta a empezar con buen ánimo mi jornada.

El profesor tenía sesenta y cuatro años de edad, y había sido catedrático, especialista en la teoría de los números. Parecía cansado para la edad que tenía. No sólo parecía viejo, sino que también daba la impresión de que los

elementos nutritivos no llegaban a todos los rincones de su cuerpo. Su espalda encorvada hacía aún más pequeño su cuerpo de metro sesenta. En los pliegues de su huesuda nuca se acumulaba la suciedad, su cabello, seco, canoso y desaliñado ocultaba a medias sus grandes orejas de la «buena suerte», con enormes lóbulos. Su voz era muy débil y se movía muy lentamente. Para hacer cualquier cosa, tardaba el doble de lo que yo imaginaba.

A pesar de todo, si se observaba detenidamente su cara sin fijarse en aquella fragilidad suya, tenía un rostro hermoso. Sin duda había sido un hombre apuesto. Los rasgos finos, la mandíbula algo pronunciada todavía resultaban atractivos.

Llevaba traje y corbata todos los días sin excepción, en casa y también fuera, aunque apenas salía a la calle. Tenía tres trajes, el de invierno, el de verano y el de entretiempo, tres corbatas, seis camisas de manga larga y un auténtico abrigo, no de números esta vez sino de lana. Eso era cuanto contenía su armario. No tenía ni un jersey ni unos pantalones de algodón. Para una asistenta era el armario ideal, muy fácil de ordenar.

Tal vez desconocía la existencia de otra ropa que no fueran los trajes. No le interesaba qué tipo de ropa llevaban los demás; menos malgastaría pues el tiempo preocupándose por su aspecto. Por la mañana se levantaba, abría el armario y se ponía el traje que no estaba metido en la funda de plástico de la tintorería; bastaba con eso. Los tres trajes, oscuros y desgastados, casaban tan bien con el aire del profesor que eran como una segunda piel.

Me extendiendo sobre su ropa porque los papelitos sujetos con imperdibles en cualquier sitio del traje llegaron a desconcertarme. Estaban colocados en los lugares más raros que uno pueda imaginar; en la solapa, la bocamanga, los bolsillos, o en los bajos de la americana, el cinturón de los pantalones, los ojales, etc. Los imperdibles prácticamente deshilachaban el tejido de la chaqueta, que por eso estaba deformada. Había desde pedacitos de papel arrancados a mano hasta otros amarillentos, casi deshechos por el tiempo, y en cada uno algo escrito. Si quería entender lo que había escrito debía acercarme forzando la vista. Era fácil suponer que apuntaba los asuntos

importantes para compensar su memoria de ochenta minutos, y los fijaba en el cuerpo para no olvidar dónde los había dejado. Me resultaba mucho más difícil aceptar aquella estampa que responderle acerca de mi número de calzado.

—Adelante, entra por favor. No puedo atenderte porque tengo trabajo, pero puedes ir haciendo lo que tengas que hacer.

Así era cómo el profesor me daba la bienvenida, antes de que entrase en su estudio, en el que, cuando él se movía, los papeles de las notas al rozar producían un crujido seco.

Según la información que fui recogiendo de las nueve asistentes que se habían despedido de la casa del profesor, la vieja dama de la casa principal era viuda, y su difunto marido era, al parecer, el hermano mayor del profesor. A pesar de que los padres de ambos murieron jóvenes, el profesor pudo ir a la Universidad de Cambridge a cursar estudios de matemáticas gracias a que su hermano hizo prosperar con grandes esfuerzos la fábrica textil que sus padres les habían dejado, y costeó los estudios a su hermano, casi doce años menor. Más tarde, el profesor obtuvo el doctorado (era un auténtico doctor), y justo cuando consiguió plaza en un instituto universitario de investigaciones matemáticas y se independizó, el hermano murió de hepatitis aguda. La viuda, como no tenía hijos, cerró la fábrica y mandó construir un edificio de pisos, y comenzó a vivir de las rentas del alquiler. El hecho que cambió por completo sus vidas fue el accidente de tráfico que sufrió el profesor cuando tenía cuarenta y siete años. Un conductor que se había quedado dormido chocó contra el coche que conducía el profesor en dirección contraria. El choque causó un daño irreversible en el cerebro del profesor. Y como consecuencia de ello perdió su puesto de trabajo en el instituto universitario de investigaciones matemáticas. Desde entonces y hasta la fecha, en que ya había cumplido los sesenta y cuatro años, sin más ingresos que pequeños premios de revistas matemáticas, y sin haberse casado, no tuvo más remedio que contar con la ayuda de la viuda de su hermano.